

LITURGIA Y ORACION

La oración litúrgica es la oración del pueblo de Dios reunido en asamblea. La celebración de la liturgia es, por lo tanto, la manifestación de la Iglesia en oración. De ahí su importancia como lugar de formación para la oración y como lugar de su realización. Pero evidentemente, así como "la liturgia no agota toda la actividad de la Iglesia"¹, la oración litúrgica no constituye la totalidad de la oración cristiana. Se armoniza con la oración íntima o con otras formas de oración de grupos dados a una mayor espontaneidad.

Tomando los términos del Concilio relativos a la liturgia, se podría decir que la oración litúrgica es a la vez la fuente y la cumbre de la oración cristiana. Es su fuente porque le confiere su estructura y su ritmo interno. Es su cumbre, porque toda oración personal tiende, para el cristiano, al encuentro con Cristo en el misterio sacramental. Pero es necesario decir también que la oración litúrgica puede esclerotizarse y por eso necesita ser vivificada constantemente por la oración que sube en lo secreto.

I. LA LITURGIA, LUGAR DE FORMACION PARA LA ORACION

Los cristianos no son los únicos orantes. Hay también una oración judía y una del Islam, para referirnos sólo a las tres religiones del Libro. El cristiano ora al Señor a través de los salmos y se siente plenamente de acuerdo con ciertas suratas del Corán, que celebran la trascendencia del Misericordioso. Pero su oración propia, la que heredó del Señor y de las primeras generaciones de bautizados, tiene una estructura particular: es trinitaria y cristológica. Y la oración litúrgica está profundamente marcada por esta doble dimensión.

Una oración trinitaria y cristológica

Una oración trinitaria

El Dios vivo es Padre, Hijo y Espíritu. Es Padre, revelado por el Hijo en el Espíritu. Es conveniente, pues, que la oración que sube hacia Dios lleve la marca de la manera según la cual Dios se revela al hombre: al Padre, por el Hijo en el Espíritu. Tal es precisamente la estructura esencial de la oración litúrgica. Aun

De *Notitiae*, 1985, n. 224, pp. 135-144, a quien agradecemos la amable autorización para publicar este artículo. Tradujo: Hna. Paula Debussy, o.s.b.

1. Concilio Vaticano II, *Constitución sobre la liturgia*, n. 9.

cuando la asamblea canté los sálmos del Antiguo Testamento a la luz de Cristo, corona su salmodia con una aclámación al Padre, al Hijo y al Espóritu, al Dios que es, que era y que viene.

La mayor parte de las oraciones se dirigen al Padre, por el Hijo en el Espóritu. Algunas traducciones solían terminar la intercesión diciendo: "Te lo pedimos por tu Hijo..."; pero en realidad no es sólo en la petición dónde interviene la mediación del Hijo y del Espóritu, sino en la realización de lo que es objeto de la súplica. Para dar un ejemplo: es por Cristo, en el Espóritu, como Dios da la prueba suprema de su poder cuando es paciente y misericordioso (26 domingo del tiempo ordinario). Cuando se emplea una conclusión breve, la mención del Espóritu se omite, pero jamás el llamado a la mediación de Cristo.

Esta estructura trinitaria se revela con un brillo especial en la plegaria eucarística, que constituye la cima de la oración litúrgica. Sean cuales fueren las formulaciones de esta plegaria, se dirige siempre a Dios nuestro Padre, y luego evoca el misterio de salvación realizado por la pasión y la resurrección de Cristo, cuyo memorial es la Eucaristía. La venida del Espóritu es invocada dos veces: primero sobre el pan y el vino para que devengan el cuerpo y la sangre de Cristo; luego sobre la asamblea para que los que comulgan en la mesa del Señor devengan un solo cuerpo en él. La aclámación final ilustra en una frase el carácter trinitario de la oración: "Por Cristo, con él y en él, a ti Dios Padre todopoderoso en la unidad del Espóritu Santo, todo honor y toda gloria".

Tal es la oración litúrgica. Ahora bien, no es esta la forma de oración que brota espontáneamente de los labios del cristiano. Este prefiere dirigirse a Dios "Padre nuestro que estás en los cielos", como lo enseñó Jesús, o al Señor Jesús; a veces invoca al Espóritu Santo. Frecuentemente ruega a Dios, el Dios de gloria y de ternura, sin referirse a su vida tripersonal. Por supuesto que estas modalidades de la oración son perfectamente legítimas y que pueden conducir a una intimidad profunda con el Señor. Pero es bueno que la oración haga también entrar al cristiano en el misterio íntimo de Dios, pues si Dios se ha revelado como Padre, Hijo y Espóritu, es para que el hombre viva de ello. "Habría que vivir con temblor, con un temblor de respeto y de amor, bajo la mirada de la Trinidad", escribía un convertido, que había sido cautivado por Dios en las soledades del Sahara. Es precisamente a este tipo de relación del hombre con Dios adonde nos encamina la oración litúrgica. En esta dimensión, ella se presenta como el pedagogo de la oración íntima.

Una oración dirigida a Cristo.

Nuestra oración es cristiana. No solo se dirige a Dios por Cristo, Dios hecho hombre, sino que sube hasta el mismo Cristo. "Dios verdadero de Dios verdadero", como lo proclamaba el Credo. Desde comienzos del siglo II un gobernador romano anófabo, en un informe al emperador, que en sus asambleas, los cristianos "se dirigen a Cristo como a un dios". Cuando la hereja arriana en los siglos

IV y V puso en tela de juicio la divinidad de Jesús, contribuyó, por reacción, a intensificar la oración a Cristo.

Si bien es cierto que la liturgia concede prioridad a la oración trinitaria, no descuida rogar y aclamar al Señor Jesucristo. Lo hace en cada Eucaristía: *Por tu cruz y resurrección nos has salvado, Señor*. Con frecuencia la oración a Cristo está estrechamente unida a la oración trinitaria. En su forma primitiva el *Gloria* es sucesivamente una oración trinitaria y una oración crística:

Gloria a Dios en el cielo...
Señor Dios, Rey celestial,
Dios Padre todopoderoso,
Señor, Hijo único, Jesucristo...

Continúa:

Señor Dios, Cordero de Dios,
Hijo del Padre...

antes de terminar proclamando:

Sólo tú Altísimo, Jesucristo,
con el Espíritu Santo
en la gloria de Dios Padre.

A este himno de la mañana de las Iglesias de Oriente, que ha sido introducido entre nosotros en la Misa, corresponde, como estructura, el *Te Deum* de la Iglesia de Occidente: *A ti, oh Dios, te alabamos...* Después de haber cantado:

A ti la Iglesia santa,
por todos los confines extendida
con júbilo te adora...
Padre infinitamente santo,
Hijo eterno, unigénito de Dios,
Santo Espíritu de amor y de consuelo,

el himno continúa glorificando a Cristo, "el Hijo del Dios vivo", resumiendo todo el misterio de salvación en Cristo Jesús antes de terminar por una humilde súplica:

Muéstrate, pues, amigo y defensor
de los hombres que salvaste con tu sangre.

Estos dos ejemplos de oración litúrgica orientan hacia una contemplación teológica de Cristo, "perfecto Dios y perfecto hombre", como lo proclamó el Concilio de Calcedonia (451). Ella puede alimentar indefinidamente la oración íntima del cristiano. Esta puede experimentar asimismo la necesidad de un contacto más afectivo con el Señor. Aquí también, de manera discreta, la liturgia le ofrece una guía. Este es sobre todo el aporte de la piedad medieval. Algunas oraciones del sacerdote en la Misa le hacen eco:

Señor Jesucristo, Hijo del Dios vivo, haz que nunca me separe de ti.

Pero es en la Liturgia de las Horas, especialmente en el canto de ciertos him-

nos, donde esta necesidad queda satisfecha. Lamentablemente los himnos latinos en los que se expresaba la piedad desbordante de ternura de los discípulos de san Anselmo y de san Bernardo son difícilmente traducibles, por ejemplo el *Jesu, dulcis memoria*.

Las formas más modernas de la oración a Cristo, tal como se expresa en el culto del Santísimo Sacramento o del Sagrado Corazón, encuentran igualmente en la liturgia un fondo bíblico y teológico que las pone al abrigo de ciertas desviaciones, de las que el siglo XIX no estuvo exento. La renovación litúrgica de los últimos cuarenta años les ha sido indiscutiblemente benéfica.

Una oración de alabanza y de intercesión

La oración cristiana es ante todo alabanza. Es admiración de la creatura ante la munificencia de su Creador, del hombre, ante el universo que canta la gloria de Dios. Es la alegría del hijo que se sabe amado por su Padre. Es acción de gracias del hombre salvado por las maravillas con las que el Señor Dios ha jalonado la historia de su pueblo y que se perpetúan en los misterios sacramentales. Esta alabanza y esta acción de gracias culminan en la eucaristía, acción de gracias de Cristo y de la Iglesia, del Crucificado-Resucitado y de su pueblo al que alimenta en su mesa.

Pero el cristiano es también un pobre que pide. Siente intensamente su fragilidad. "Fragilidad, tu nombre es hombre", se podría decir rectificándolo a justo título la expresión de Shakespeare. El cristiano se sabe pecador, se siente débil, experimenta una inmensa necesidad de ser rodeado por la gracia, de ser protegido de múltiples peligros, y grita a Dios en demanda de auxilio. Cada uno sabe que tiene el derecho de llorar ante su Señor y de expresarle su aflicción. La oración de intercesión nada nuevo le dice a Dios sobre las necesidades del hombre y las del mundo, pero nos pone de acuerdo con Dios para hacer frente a la necesidad y asumir nuestra vida.

El hombre está más dispuesto a mirarse a sí mismo que a mirar a Dios. Por eso está más inclinado a interceder que a aclamar. Para muchos la palabra oración significa petición antes que adoración. Ahora bien, la oración cristiana debe acordar la primacía a la alabanza sin descuidar por eso la intercesión. Está hecha de equilibrio entre el gozo y la petición. También en esto la liturgia se revela como un pedagogo sagaz. Veamos un doble testimonio.

El primero es el de la oración eucarística. Como su nombre lo indica (en griego moderno *eucharisto* quiere decir "gracias") la oración eucarística es esencialmente alabanza-acción de gracias al Dios creador, a Cristo salvador, al Espíritu Santo vivificador, pero en su expresión, la alabanza espontáneamente se vuelve súplica: "Déjanos unir nuestras voces", "Te suplicamos que tú mismo consagres nuestra ofrenda", "Concedéndonos ser un solo cuerpo en Cristo". ¿Có-

mo podría ser de otro modo para el hombre que camina lejos de su Señor? La alabanza pura, el gozo en plenitud será la fiesta del cielo. Pero, junto a la alabanza, la oración eucarística formula una serie de intercesiones, expresión de la comunión de la comunidad celebrante con toda la Iglesia extendida por el mundo y con los que nos han precedido en el mundo invisible, ya sea los santos, los fieles difuntos o bien todo hombre "cuya fe sólo Dios conoce". No se dejará de notar que esta intercesión viene antes de la aclamación final. Está de alguna manera insertada en la acción de gracias, haciendo cuerpo con ella. ¿No es este el tipo acabado de toda oración cristiana? La invocación tiene su lugar en ella y sería deshumanizante quererla proscribir, pero "Dios es mayor que nuestro corazón", Dios es, mientras las necesidades del hombre pasan y se recuperan. Lo mismo ha de ocurrir con la oración.

Un segundo ejemplo nos lo ofrece el *Gloria*. En él también la alabanza, inicial, deja lugar a la súplica antes de prorrumper nuevamente en la aclamación final. El Hijo de Dios, Jesucristo, es cantado como Cordero de Dios, el Cordero viviente "como inmolado" del Apocalipsis, pero ante esta visión de gloria el hombre se vuelve suplicante: "Recibe nuestra oración", "Ten piedad de nosotros". Luego la alabanza vuelve nuevamente para alcanzar su punto culminante: "Sólo tú eres santo, tú sólo Señor, tú solo Altísimo". Como se ve, nos hallamos ante una estructura idéntica a la de la oración eucarística. Es la estructura fundamental de la oración cristiana, ya se exprese en frases, ya se detenga en la contemplación. Es así como ora el Espíritu en nosotros si correspondemos a su impulso.

Los dos movimientos de la oración se encuentran en la invocación: *Kyrie eleison*. Se trata de una súplica, de un llamado a la piedad de Cristo, mas también de una proclamación de Cristo como Señor, de una afirmación de la gloria del Resucitado.

Una oración de dimensión universal

"Yo y mi Creador", decía Newman. Hay momentos en que todo debe ceder a la intimidad entre Cristo y el orante. San Juan emplea a menudo la palabra "permanecer": *Permanece en mí y yo en él*. A este encuentro íntimo, más allá de las palabras, nos invita la liturgia cuando recomienda un "silencio sagrado", por ejemplo en la misa, después de la homilía y después de la comunión. Es evidente que este silencio sagrado es el ámbito por excelencia de la oración íntima. Pero la dialéctica de la oración cristiana quiere que la intimidad no niegue la apertura a los demás, no solamente para expresar a Dios sus necesidades, sino para prestarles una voz a fin de que glorifiquen a Aquel por quien ellos son. Si el hombre es el sacerdote del universo, el cristiano lo es de una manera consciente. Su oración tiene una dimensión cósmica. Parece que en sánscrito no se dice "yo, tú, él" sino "él, tú; yo": *Ei*, el trascendente por quien es todo lo que es; *tú*, que te sitúas frente a mí y me haces tomar conciencia de lo que yo soy.

La oración no podría omitir el tú. Es oración sobre el mundo, para el mundo, con el mundo. Ahora bien, la liturgia trae a la oración cristiana esta dimensión universal. Es católica, en el sentido etimológico del término.

La oración litúrgica es universal en cuanto que asume todas las necesidades de los hombres. Así lo expresa, en cada misa, la oración de intercesión, que se llama precisamente la oración universal. Su formulación más acabada es la de la celebración de la Pasión del Señor, el viernes santo. Después de haber orado por las diversas categorías de los miembros de la Iglesia, se pide por los otros cristianos, luego por los judíos, por los que creen en el Dios único, especialmente los musulmanes, por aquellos que creen en Dios y por los que no creen, y recién entonces se evocan todas las formas de la aflicción humana. Pero hay en el Misal toda una sección consagrada a la oración por la vida del mundo: por la paz y la justicia, por los perseguidos, los exiliados, los emigrantes, los prisioneros, los que tienen hambre, los enfermos, por el desarrollo de los pueblos. La oración cristiana, vivida en esta dimensión, no es una huida del mundo sino una mediación entre el mundo, con sus sufrimientos y sus alegrías, y Aquel que es el Señor del mundo, el Señor de la historia.

Otra manifestación de la universalidad de la oración litúrgica consiste en el hecho de que asume el tiempo de los hombres para consagrarlo. Cada domingo, convoca al pueblo de los bautizados para que escuchen la palabra de Dios y celebren con Cristo el misterio pascual de su muerte y su resurrección. A lo largo del año, despliega las diversas fases del misterio de la salvación en Jesucristo, desde su nacimiento hasta su ascensión y el envío del Espíritu en la espera de su venida. También cada jornada es asumida en la oración litúrgica, desde la salida del sol hasta su ocaso: oración de alabanza por el don de Dios y de ofrenda del trabajo de los hombres, cuyo sueño queda asimismo envuelto a lo largo de la noche por la salmodia de las viglias monásticas. Todo el que reza en el secreto de su corazón puede unirse a lo largo de las horas, a la oración permanente de las comunidades cristianas más diversas, encontrando allí un apoyo fraterno.

II. LA LITURGIA, LUGAR DONDE SE REALIZA LA ORACION

Hablar de la liturgia como del lugar donde se realiza la oración es presentar en ella el perfecto cumplimiento de la oración cristiana, porque ella es la oración de todo el cuerpo de Cristo, cabeza y miembros. Pero a nadie se le ocurriría afirmar que fuera de la liturgia no podría Dios establecer un diálogo con el hombre, iluminar el espíritu del creyente, colmar su corazón de amor, orientar sus energías hacia el servicio de sus hermanos. El Espíritu suscita múltiples maneras de orar y cada una de ellas participa de sus gemidos *inefables* (Rm 8,26). Dejando su parte a lo inexpresable, se puede decir que la liturgia constituye el lugar privilegiado de la realización de la oración en múltiples aspectos.

La liturgia es celebración

La liturgia es celebración, es decir, oración en acto. Es oración de todo el cuerpo social que constituye la Iglesia, oración de un pueblo reunido alrededor de su sacerdote, "unido a él con la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo", como dice san Cipriano. Desde este punto de vista es la epifanía de la Iglesia. Mirar cómo ora la Iglesia es el mejor modo de acercarse a su misterio.

La celebración hace actuar también al cuerpo de cada uno: de pie, inclinado, con las manos extendidas o juntas, el cristiano ora con una rara plenitud humana. El impulso secreto del corazón se manifiesta a través del movimiento del cuerpo y deviene perceptible a los demás pudiendo así todos comulgar en su adhesión al Señor. El cuerpo se expresa también en el canto, a través del cual alegría y sufrimiento, humildad y ternura, acción de gracias y súplica hallan su más alta expresión: la alegría se torna júbilo de una comunidad, el sufrimiento de cada uno es asumido por todos. El canto se revela como un fermento de unidad lleno de dinamismo, a condición de que la armonía de las voces exprese un amor. "Cantar—dice san Agustín—es propio del que ama". Por eso el canto brota espontáneamente de toda asamblea de cristianos que estén unidos verdaderamente en la fe.

La liturgia es presencia de Cristo

El Concilio Vaticano II ha destacado con viva luz la presencia de Cristo en la asamblea litúrgica:

Está presente en el sacrificio de la misa, ya en la persona del ministro..., ya sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su virtud en los sacramentos de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza.

Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es El quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: *Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos (Mt 18, 20)*².

La presencia de Cristo en la Iglesia en oración hace de la liturgia un lugar privilegiado de expresión de la oración íntima, pues esta se moldea de alguna manera en la de Cristo bajo la moción del Espíritu. Esta presencia multiforme del Señor—asegura a la oración del cristiano su plenitud de formulación en la fe. Más allá de los más y los menos de la oración subjetiva, la oración litúrgica se hace en comunión objetiva con Aquel que dijo: *Yo soy la verdad, Yo soy la luz, Quien me sigue no anda en tinieblas*. La presencia de Cristo asegura por fin a la oración del cristiano su universalidad: se vuelve oración de Aquel que en la cruz

2. Ibid., n. 7.

extendió sus brazos desde el Oriente hasta el Occidente y cuyo costado fue abierto por amor a todos los hombres.

La liturgia es oración en la unidad

Ya hemos subrayado hasta qué punto la presencia de Cristo, la unanimidad de las actitudes corporales, el canto, convertían la oración litúrgica en un factor de unidad. Es conveniente profundizar un poco sus modalidades. Orar en la asamblea litúrgica es orar juntos. En la celebración de la eucaristía, estamos reunidos para acoger la palabra de Dios y recibir al mismo tiempo el mismo mensaje y el mismo llamado; reunidos para proclamar la propia fe, no solamente cuando se dice el *Credo* sino durante toda la celebración, que es la del misterio de la fe; reunidos para la memoria de la muerte y resurrección de Cristo, para participar en su mesa después de haber intercambiado el gesto de amor fraterno. Al hacer todo esto, levantamos todos juntos los ojos hacia él en la espera de su venida.

No podría concluir estas reflexiones sobre el aporte de la liturgia a la oración personal sin decir cuánta importancia tiene la oración personal para fecundar la oración litúrgica. Si la liturgia, celebración de la Iglesia, está más allá de la subjetividad de sus participantes, es evidente que cada uno beberá de la fuente surgente a la medida de su sed. Lo objetivo de la oración litúrgica puede naufragar en el ritualismo: entonces la celebración se torna ceremonia. No sin razón los monjes se reúnen ordinariamente algunos instantes en silencio en el claustro antes de entrar a la iglesia para comenzar el oficio. Así, liturgia y oración personal no se oponen, como lo daban a entender las vivas polémicas entre los defensores de la una y de la otra, hace unos cincuenta años, en los comienzos de la renovación litúrgica, sino que se apoyan mutuamente para expresarle al Señor la admiración del hombre frente a su belleza.

Pierre JOUNEL